

A C A N T I L A D O

Christopher Isherwood

Adiós a Berlín

TRADUCCIÓN DE MARÍA BELMONTE



CHRISTOPHER ISHERWOOD

ADIÓS A BERLÍN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE



ACANTILADO
BARCELONA 2021

CONTENIDO

Nota del autor

Diario de Berlín
(otoño de 1930)

Sally Bowles

En la isla de Rügen
(verano de 1931)

Los Nowak

Los Landauer

Diario de Berlín
(invierno 1932-1933)

Para John y Beatrix Lehmann

Los seis relatos contenidos en este volumen forman una narración más o menos continua. Son los únicos fragmentos que han quedado de lo que originalmente había de ser una voluminosa novela sobre el Berlín anterior a Hitler. Mi intención era haberla llamado *The lost*. Sin embargo, cambié ese título: era demasiado pretencioso para esta breve secuencia un tanto inconexa de diarios y apuntes.

Los lectores de *Mr. Norris changes trains* (publicado en Estados Unidos como *The Last of Mr Norris*) advertirán tal vez que algunos personajes y situaciones de aquella novela coinciden a veces y contradicen otras lo que he escrito en ésta—Sally Bowles, por ejemplo, tenía que tropezar con Mr. Norris en la escalera de Fräulein Schroeder; Christopher Isherwood encontraba ciertamente a William Bradshaw dormido en su cama al regresar a casa una noche—. La explicación es sencilla: las aventuras de Mr. Norris formaron una vez parte de *The lost*.

Aunque haya dado mi propio nombre al «yo» de este relato, los lectores no tienen por qué suponer que sus páginas son puramente autobiográficas, o que sus personajes son difamatorios retratos exactos de personas reales. «Christopher Isherwood» no es más que el práctico muñeco del ventrílocuo.

El primer «Diario de Berlín», «Los Nowak» y «Los Landauer» ya han aparecido en la edición *New Writing* de John Lehmann. A su vez, el «Diario de Berlín» y «Los Nowak», así como el segundo «Diario de Berlín», han aparecido en su *New Writing* de Penguin. «Sally Bowles» fue originalmente publicado como un volumen independiente por Hogarth Press.

C. I.
Septiembre de 1935

DIARIO DE BERLÍN
(OTOÑO DE 1930)

Desde mi ventana, la calle aparece profunda, solemne y sólida. Tiendas en sótanos donde los faroles arden todo el día, bajo la sombra de fachadas con balcones demasiado pesados, sucias fachadas de yeso con volutas y símbolos heráldicos grabados en relieve. Todo el barrio es así: calles que conducen a calles con casas semejantes a cajas fuertes desvencijadas y monumentales atestadas de objetos de valor deslucidos y de muebles de segunda mano de una clase media arruinada.

Soy una cámara con el obturador abierto, totalmente pasiva, que registra sin pensar. Registra al hombre que se afeita en la ventana de enfrente y a la mujer del kimono lavándose el cabello. Algún día, habrá que revelar, hacer copias cuidadosamente y fijar todo esto.

A las ocho en punto de la noche se cerrarán las puertas de las casas. Los niños están cenando. Las tiendas están cerradas. El rótulo luminoso está encendido sobre el timbre nocturno del pequeño hotel de la esquina, donde se puede alquilar una habitación por horas. Pronto comenzarán los silbidos. Los jóvenes llaman a sus chicas. De pie, ahí abajo, en el frío de la noche silban a las ventanas iluminadas de las cálidas habitaciones donde las camas ya están preparadas para la noche. Quieren que les dejen entrar. Sus llamadas resuenan en el profundo vacío de la calle, lascivas, tristes e íntimas. Por oír esos silbidos no me importa quedarme en casa al anochecer. Me recuerdan que estoy en una ciudad extranjera, solo y lejos de casa. A veces me propongo no escucharlos, cojo un libro e intento leer. Pero sé que pronto sonará una llamada tan desgarradora, tan insistente, tan desesperadamente humana que terminaré por levantarme y mirar furtivamente a través de las persianas para comprobar algo que sé muy bien que no puede ocurrir: que me estén llamando a mí.

Cuando la estufa está encendida y la ventana cerrada, la habitación emana un extraordinario olor que no es del todo desagradable: una mezcla de incienso y

bollos rancios. La alta estufa de azulejos de preciosos colores, semejante a un altar. El lavamanos que recuerda un cofre gótico. El armario también es gótico, con ventanas catedralicias talladas: Bismarck está frente al rey de Prusia en vidrio de colores. Mi mejor silla sería adecuada como trono de un obispo. En la esquina, tres falsas alabardas medievales (¿de alguna compañía teatral en gira?) están unidas formando un perchero. Fräulein Schroeder desatornilla las puntas de las alabardas y las abrillanta de vez en cuando. Son pesadas y lo suficientemente afiladas como para matar a alguien.

Todo en la habitación es así: innecesariamente macizo, anormalmente pesado y peligrosamente afilado. Aquí, en el escritorio, me enfrento a una falange de objetos metálicos: un par de candelabros con forma de serpientes entrelazadas, un cenicero del que surge la cabeza de un cocodrilo, un abrecartas copiado de una daga florentina, un delfín de latón que sujeta en el borde de la cola un pequeño reloj roto. ¿Adónde van a parar tales cosas? ¿Podrán ser destruidas algún día? Probablemente permanecerán intactas durante miles de años: la gente las atesorará en museos. O puede que simplemente sean fundidas para hacer municiones en una guerra. Todas las mañanas, Fräulein Schroeder las coloca cuidadosamente en determinadas posiciones invariables: allí se quedan, como una inquebrantable declaración de lo que opina sobre el Capital, la Sociedad, la Religión y el Sexo.

Se pasa el día deambulando por el piso, inmenso y lóbrego. Amorfa pero atenta, va de habitación en habitación con sus andares de pato, en zapatillas y con una bata floreada ingeniosamente prendida con alfileres para que no se le vea ni un centímetro de corpiño o de enaguas, dando toques con el plumero, figgando, espiando, metiendo su naricita puntiaguda en los armarios y en el equipaje de sus inquilinos. Tiene ojos oscuros, brillantes e inquisitivos y un bonito cabello castaño ondulado del que se siente orgullosa. Debe de rondar los cincuenta y cinco años.

Hace mucho tiempo, antes de la guerra y la inflación, gozaba de una posición relativamente acomodada. Pasaba las vacaciones de verano en el Báltico y tenía una criada para las labores domésticas. Ha vivido aquí durante los últimos treinta años aceptando huéspedes. Comenzó a hacerlo porque le gustaba tener compañía.

—Mis amigos solían decirme: «Lina, ¿cómo es posible? ¿Cómo puedes soportar que unos extraños vivan en tu casa y te estropeen los muebles, cuando tienes suficiente dinero para ser independiente?». Y yo siempre les respondía lo

mismo: «Mis inquilinos no son inquilinos. Son mis invitados». Ya ve, Herr Issyvoo, en aquellos tiempos podía permitirme ser muy exigente con la clase de personas que venían a vivir aquí. Podía seleccionar y elegir. Sólo aceptaba huéspedes bien educados y con buenas relaciones, gente de buena familia (como usted, Herr Issyvoo). Una vez tuve un *Freiherr* [barón], un *Rittmeister* [oficial de caballería] y un *Professor* [catedrático]. A menudo me hacían regalos: una botella de coñac, una caja de bombones o unas flores. Y cuando uno de ellos se iba de vacaciones siempre me enviaba una postal: de Londres, de París, o de Baden-Baden. ¡Qué postales más bonitas solía recibir!...

Y ahora Fräulein Schroeder ni siquiera tiene una habitación propia. Tiene que dormir en la sala de estar, detrás de un biombo, en un pequeño sofá con los muelles rotos. Como en tantos otros pisos antiguos de Berlín, nuestra sala de estar conecta la parte exterior de la casa con la interior. Los huéspedes que viven en la parte exterior tienen que atravesar la sala de estar para ir al cuarto de baño, de manera que a menudo perturban el sueño de Fräulein Schroeder durante la noche.

—Pero me vuelvo a dormir enseguida. No me importa. Estoy demasiado cansada.

Tiene que hacer ella misma todo el trabajo de la casa y ello le ocupa la mayor parte del día.

—Si alguien me hubiera dicho hace veinte años que fregara el suelo de mi casa, le habría abofeteado. Pero te acostumbras a hacerlo. Una se acostumbra a todo. Fíjese, me acuerdo de la época en que me habría cortado la mano derecha antes que sacar los muebles de esta habitación... Y ahora—dice Fräulein Schroeder recalcando sus palabras con un gesto—, ¡Dios mío!, me resulta tan sencillo como servir una taza de té.

Le encanta enseñarme las diversas señales y manchas dejadas por los inquilinos que ocuparon esta habitación:

—Sí, Herr Issyvoo, cada uno de ellos me ha dejado un recuerdo... Mire aquí, en la alfombra. La he enviado a la tintorería no sé cuántas veces, pero no se quita con nada, ahí es donde Herr Noeske vomitó después de su fiesta de cumpleaños. ¡Dios sabe qué comió para hacer semejante estropicio! Había venido a Berlín a estudiar, ¿sabe? Sus padres vivían en Brandenburgo, una familia de primera categoría, ¡se lo aseguro! ¡Tenían montones de dinero! Su

padre era cirujano y desde luego quería que su chico siguiera sus pasos... ¡Qué joven tan encantador! Yo le decía: «Herr Noeske, disculpe, pero tiene que trabajar muy duro, ¡exprimirse la sesera! Piense en su Herr papá y en su Frau mamá; no es justo que malgasten así su dinero. Hasta sería mejor que lo tirase al Spree. ¡Al menos causaría sensación!». Yo era como una madre para él. Y siempre que se metía en algún lío, era terriblemente inconsciente, venía derecho a verme: «Schroederschen—solía decirme—; por favor, no se enfade conmigo... Anoche estuvimos jugando a las cartas y perdí toda mi asignación mensual. No me atrevo a decírselo a mi padre...». Y entonces me miraba con aquellos ojos enormes. ¡Yo ya sabía lo que quería, el muy tunante! Pero no tenía valor para negárselo. Así que me sentaba y escribía una carta a su Frau mamá suplicándole que le perdonase por aquella vez y le enviara un poco más de dinero. Y ella siempre lo hacía... Por supuesto, como mujer, he sabido cómo apelar a los sentimientos de una madre, aunque yo no haya tenido hijos... ¿De qué se ríe, Herr Issyvoo? ¡Vaya, vaya! A veces se cometen errores, ¿sabe? Y aquí es donde Herr Rittmeister derramaba siempre el café sobre el papel de la pared. Solía sentarse en ese sofá con su prometida. «Herr Rittmeister—le decía yo—, haga el favor de tomarse el café en la mesa. Si me permite que se lo diga, ya habrá tiempo de sobra más tarde para los demás...». Pero no, él siempre se sentaba en el sofá. Y luego, no hace falta decirlo, cuando comenzaba a sentirse un poquito enardecido, ¡hala!, ¡a tirar las tazas de café!... ¡Un caballero tan guapo! Su Frau mamá y su hermana venían a visitarnos a veces. Les gustaba venir a Berlín. «Fräulein Schroeder—solían decirme—, no sabe lo afortunada que es por vivir aquí, justo en medio de todo. Nosotras no somos más que unas provincianas, ¡le envidiamos! ¡Y ahora cuéntenos los últimos escándalos de la Corte!». Claro que estaban de broma. Tenían la casita más bonita del mundo, no lejos de Halberstadt, en el Harz. Solían enseñarme fotografías. ¡Un auténtico sueño! ¿Ve esas manchas de tinta en la alfombra? Ahí es donde el Professor Koch solía sacudir su pluma. Se lo dije cientos de veces. Al final, puse incluso hojas de papel secante en el suelo en torno a su silla. Era tan distraído... ¡Qué caballero tan encantador! Y tan sencillo. Le tenía mucho cariño. Si le remendaba una camisa o le zurcía un calcetín, me lo agradecía con lágrimas en los ojos. También le gustaba gastar bromas. A veces, cuando me oía venir, apagaba la luz y se escondía detrás de la puerta; y luego rugía como un león para asustarme. Igual que un niño...

Fräulein Schroeder puede seguir así, sin repetirse, durante horas. Cuando llevo escuchándole cierto tiempo, me doy cuenta de que caigo en un curioso estado de trance depresivo. Comienzo a sentirme profundamente desdichado. ¿Dónde están ahora todos aquellos inquilinos? ¿Dónde estaré yo mismo dentro de diez años? Desde luego, aquí no. ¿Cuántos mares y fronteras tendré que cruzar hasta alcanzar ese lejano día? ¿Adónde tendré que viajar, a pie, a caballo, en coche, en bicicleta, en aeroplano, en barco de vapor, en tren, ascensor, escalera mecánica y tranvía? ¿Cuánto dinero necesitaré para ese largo viaje? ¿Cuánta comida, gradual y cansinamente consumiré en el camino? ¿Cuántos pares de zapatos desgastaré? ¿Cuántos miles de cigarrillos fumaré? ¿Cuántas tazas de té y cuántos vasos de cerveza beberé? ¡Qué horrible e insípida perspectiva! Y encima tener que morir... Una súbita, imprecisa punzada de aprensión atenaza mis entrañas y tengo que disculparme para ir al retrete.

Al enterarse de que antaño fui estudiante de medicina, me confiesa que se siente muy desdichada por el tamaño de su pecho. Sufre de palpitations y está segura de que la causa son los esfuerzos a los que somete a su corazón. Se pregunta si debería operarse. Algunos conocidos le han aconsejado que lo haga, otros opinan lo contrario:

—¡Ay, querido! ¡Es tal el peso que una se ve obligada a soportar! Y figúrese, Herr Issyvoo ¡yo era antes tan delgada como usted!

—Me imagino que tendría muchos admiradores, ¿no, Fräulein Schroeder?

Sí, docenas. Pero sólo un «amigo». Era un hombre casado, separado de su mujer, que no quería divorciarse de él.

—Vivimos juntos once años. Murió de neumonía. A veces me despierto en la noche cuando hace frío y deseo que estuviese aquí. Si una duerme sola nunca acaba de entrar en calor.

Hay otros cuatro inquilinos en el piso. En la puerta contigua a la mía, en la gran habitación exterior, vive Fräulein Kost. En la habitación de enfrente, que da al patio, Fräulein Mayr. En la parte interior, más allá de la sala de estar, vive Bobby. Y detrás de la habitación de Bobby, encima del baño, al final de la escalera, hay un ático diminuto, al que Fräulein Schroeder se refiere, por alguna razón misteriosa, como «el pabellón sueco». Se lo alquila, a veinte

marcos al mes, a un viajante de comercio que está fuera todo el día y gran parte de la noche. A veces me lo encuentro los domingos por la mañana, cuando anda arrastrando los pies por la cocina, en pantalones y camiseta, disculpándose por estar a la caza de una caja de cerillas.

Bobby trabaja en un bar de la zona oeste de la ciudad llamado La Troika. Ignoro su verdadero nombre. Ha adoptado éste porque los nombres de pila ingleses están de moda ahora entre las mujeres mundanas de Berlín. Es un joven pálido, de aspecto preocupado, elegantemente vestido y con el cabello negro, fino y lustroso. A primera hora de la tarde, recién levantado de la cama, se pasea por el piso en mangas de camisa y con una redecilla en el pelo.

Fräulein Schroeder y Bobby se tratan con mucha familiaridad. Él le hace cosquillas y le da palmaditas en el trasero; ella le golpea en la cabeza con una sartén o con un estropajo. La primera vez que los sorprendí en una de esas refriegas, se quedaron bastante avergonzados. Ahora aceptan mi presencia como algo normal.

Fräulein Kost es una muchacha rubia y colorada, de grandes ojos azules y expresión tonta. Cuando nos encontramos, al ir y venir del baño con nuestras batas, evita pudorosamente mi mirada. Está rellenita, pero tiene buen tipo.

Un día pregunté abiertamente a Fräulein Schroeder: ¿qué profesión ejerce Fräulein Kost?

—¿Profesión? Ja, ja, ja. ¡Esa sí que es buena! ¡Es la palabra perfecta! Oh, sí, tiene una buena profesión. Así...

Y con aire de hacer algo extremadamente cómico, comenzó a recorrer la cocina como un pato, sujetando melindrosamente un plumero entre el índice y el pulgar. Al llegar a la puerta, se puso a dar vueltas de una forma triunfal, blandiendo el plumero como si fuera un pañuelo de seda, se besó la mano y me envió burlescamente el beso:

—*Ja, ja, Herr Issyvoo!* Así es como lo hacen.

—No le entiendo muy bien, Fräulein Schroeder. ¿Quiere decir que es equilibrista?

—Je, je, je. Muy bueno de veras, Herr Issyvoo. ¡Sí, exactamente! ¡Eso mismo! Camina por la cuerda floja para ganarse la vida. ¡Es una buena descripción!

Una noche, pocos días después, me encontré con Fräulein Kost en la escalera en compañía de un japonés. Fräulein Schroeder me explicó más tarde que es uno de los mejores clientes de Fräulein Kost. Ella le preguntó cómo pasaban el

tiempo cuando no estaban en la cama, ya que el japonés apenas hablaba alemán.

—Oh, bueno—dijo Fräulein Kost—. Ponemos el gramófono, ya sabe, comemos bombones y nos reímos mucho. A él le encanta reírse...

A Fräulein Schroeder le gusta de veras Fräulein Kost y, desde luego, no tiene ninguna objeción moral contra su oficio: no obstante, cuando está enfadada porque Fräulein Kost ha roto el cuello de la tetera o ha olvidado marcar con cruces sus llamadas telefónicas en la pizarra del cuarto de estar, invariablemente exclama:

—Después de todo, ¿qué se puede esperar de una mujer así, una vulgar prostituta? ¿Sabe lo que era antes, Herr Issyvoo? ¡Una criada! Y luego intimó con su patrón y un buen día, claro está, se encontró en determinadas circunstancias...Y cuando esa pequeña dificultad fue superada, tuvo que ponerse a hacer la calle...

Fräulein Mayr es una *jodlerin*¹ de *music-hall*; una de las mejores de toda Alemania, me ha asegurado reverentemente Fräulein Schroeder. A Fräulein Schroeder no le gusta del todo esta inquilina, aunque siente por ella un gran temor reverencial y con razón. Fräulein Mayr tiene mandíbula de bulldog, brazos enormes y un áspero pelo teñido con mechas. Habla un dialecto bávaro con un tono particularmente agresivo. Cuando está en casa, se sienta como un caballo de batalla a la mesa de la sala de estar y ayuda a Fräulein Schroeder a echar las cartas. Ambas son expertas adivinas y ninguna se atrevería a comenzar el día sin consultar los augurios. Lo que más desean saber en este momento es cuándo conseguirá Fräulein Mayr un nuevo contrato. La cuestión interesa tanto a la patrona como a la inquilina, porque Fräulein Mayr ya lleva retraso en el pago del alquiler.

Cuando hace buen tiempo, en la esquina de la Motzstrasse se instala un hombre de aspecto andrajoso y ojos saltones junto a una caseta portátil de lona. De ambos lados de la caseta, prendidos con alfileres, cuelgan gráficos astrológicos y cartas autógrafas de recomendación de clientes satisfechos. Fräulein Schroeder le consulta siempre que puede permitirse pagarle el marco que cuestan sus servicios. De hecho, ese hombre desempeña un papel muy importante en su vida. Su conducta con él es una mezcla de zalamerías y amenazas. Si las cosas buenas que él le promete se hacen realidad, Fräulein Schroeder le besará, le invitará a comer, le comprará un reloj de oro; de lo

contrario, dice, le estrangulará, le dará de cachetes, le denunciará a la policía. Entre otras profecías, el astrólogo le ha dicho que ganará algún dinero en la lotería nacional prusiana. Hasta ahora, no ha tenido suerte. Aunque ello no le impide estar siempre hablando de lo que hará con las ganancias. A mí me regalará un sombrero, porque Fräulein Schroeder considera muy poco correcto que un hombre de mi clase no lo utilice.

Cuando no está ocupada echando las cartas, Fräulein Mayr bebe té y suelta discursos a la patrona sobre sus pretéritos triunfos teatrales.

—Y mi representante me dijo: «Fritzi, ¡el cielo ha debido enviarte! Mi primera actriz se ha puesto enferma. Tienes que salir hacia Copenhague esta noche». Y no hace falta decir que no hubiera aceptado un no por respuesta. «Fritzi—me dijo (siempre me llamaba así)—, Fritzi, ¿no serás capaz de dejar tirado a un viejo amigo?» Así que fui...—Fräulein Mayr da pequeños sorbitos a su té sumida en los recuerdos—: Un hombre encantador. Y tan bien educado—sonríe—. Un amigo íntimo..., aunque siempre supo comportarse.

Fräulein Schroeder asiente ávidamente, pendiente de cada palabra, disfrutando del momento:

—Me imagino que alguno de esos representantes deben de ser unos auténticos frescos (¿Otra salchicha, Fräulein Mayr?)

—(Gracias, Fräulein Schroeder, sólo un pedacito). Sí, algunos de ellos... ¡Si yo le contara! Pero siempre he sabido defenderme. Hasta cuando no era más que una jovencita...

Los músculos de los rollizos brazos desnudos de Fräulein Mayr se contraen de forma poco atractiva. Adelanta la barbilla.

—Soy bávara, y un bávaro nunca olvida un agravio.

Al entrar en la sala de estar ayer por la noche, encontré a Fräulein Schroeder y a Fräulein Mayr tumbadas boca abajo con la oreja pegada a la alfombra. A intervalos, se sonreían con deleite o se pellizcaban alegremente mientras exclamaban al mismo tiempo: «¡Chiss!».

—¡Escuche!—susurraba Fräulein Schroeder—. ¡Está destrozando todos los muebles!

—¡Le está propinando una buena tunda!—exclamaba, extasiada, Fräulein Mayr.

—¡Zas! ¿Ha oído eso?

—Chiss...

—¡Chiss...!

Fräulein Schroeder estaba completamente fuera de sí. Cuando le pregunté qué pasaba, se incorporó gateando, avanzó anadeando y tras rodearme la cintura con los brazos bailó conmigo un pequeño vals:

—*Herr Issyvoo!, Herr Issyvoo!*—repetía hasta que se quedó sin aliento.

—Pero ¿qué ha ocurrido?—pregunté.

—¡Chiss!—ordenó Fräulein Mayr desde el suelo. ¡Chiss! ¡Han empezado de nuevo!

En el piso de abajo vive una tal Frau Glanterneck. Es una judía de Galitzia, lo cual constituye de por sí una razón para que Fräulein Mayr sea su enemiga: ni que decir tiene que ésta es una ferviente nazi. Al margen de eso, parece que Frau Glanterneck y Fräulein Mayr tuvieron unas palabras en la escalera a propósito de los cantos tirolese de esta última. Frau Glanterneck, tal vez porque no es de raza aria, dijo que prefería los ruidos que hacían los gatos. Por lo tanto, insultó no sólo a Fräulein Mayr, sino a todos los bávaros, a todas las mujeres alemanas, y a Fräulein Mayr le correspondía el grato deber de vengar a todos ellos.

Hace unos quince días, llegó a oídos de la vecindad que Frau Glanterneck, que tiene sesenta años y es fea como una bruja, había puesto un anuncio en el periódico para encontrar marido. Y lo que es más, ya había aparecido un pretendiente: un carnicero viudo de Halle. A pesar de haber visto a Frau Glanterneck en persona, estaba dispuesto a casarse con ella. Ésta era la oportunidad que Fräulein Mayr estaba esperando. Mediante intrincadas pesquisas, descubrió el nombre y la dirección del carnicero y le escribió una carta anónima. ¿Sabía que Frau Glanterneck (a) tenía chinches en el piso, (b) había sido detenida por fraude y puesta en libertad por haber sido declarada loca, (c) alquilaba su propio dormitorio para fines deshonestos y (d) dormía después en la cama sin cambiar las sábanas? Y ahora el carnicero se había presentado con la carta para pedir explicaciones a Frau Glanterneck. Se podía escuchar a ambos con total nitidez: los gruñidos del enfurecido prusiano y los chillidos de la judía. De vez en cuando se oía el ruido sordo de un puño contra la madera y, en ocasiones, un estrépito de cristales. La bronca duró más de una hora.

Esta mañana oímos que los vecinos se habían quejado a la portera del alboroto y que habían visto a Frau Glanterneck con un ojo morado. No se

celebrará la boda.

Los habitantes de esta calle ya me conocen de vista. En la tienda de ultramarinos, la gente ya no vuelve la cabeza al oír mi acento inglés cuando pido una libra de mantequilla. Después de anochecer, las tres prostitutas de la esquina ya no me susurran con sus voces guturales: «*Komm, Süsster!*» [¡Ven, cariño!] cuando paso.

Las tres prostitutas pasan sin duda de los cincuenta. No tratan de ocultar su edad. No llevan exceso de colorete ni de maquillaje. Llevan viejos y holgados abrigos de piel, faldas bastante largas y sombreros de señora respetable. Se las mencioné casualmente a Bobby y me explicó que existe una reconocida demanda de ese tipo tranquilo de mujer.

Muchos hombres maduros las prefieren a las jóvenes. Incluso atraen a adolescentes. Un chico, me explicó Bobby, se siente cohibido con una chica de su edad, pero no con una mujer que podría ser su madre. Como la mayoría de bármanes, Bobby es un gran experto en cuestiones sexuales.

La otra noche fui a visitarle al trabajo. Era todavía muy temprano, alrededor de las nueve, cuando llegué a La Troika. El lugar era mucho más amplio y grandioso de lo que esperaba. Un portero con galones de archiduque miró con desconfianza mi cabeza descubierta hasta que le hablé en inglés. La elegante muchacha del guardarropa insistió en guardarme el abrigo, que oculta las peores manchas de mis holgados pantalones de franela. El botones, sentado en el mostrador, no se levantó para abrirme la puerta. Me alivió ver que Bobby ocupaba su sitio tras una barra azul y plateada. Me dirigí hacia él como quien va al encuentro de un viejo amigo. Me saludó del modo más amable.

—Buenas noches, señor Isherwood. Me alegro de verle por aquí.

Pedí una cerveza y me instalé en un taburete de la esquina. De espaldas a la pared, podía ver todo el local.

—¿Qué tal va el negocio?—pregunté.

Su empolvado rostro de noctámbulo, agobiado por las preocupaciones, se tornó grave. Incluyó la cabeza hacia mí, por encima de la barra, con una seriedad confidencial y halagadora:

—No demasiado bien, señor Isherwood. Si supiera la clase de clientes que tenemos hoy en día... Imagínese, hace un año no les habiéramos dejado pasar

de la puerta. Piden una cerveza y piensan que tienen derecho a estar ahí sentados toda la noche.

Bobby hablaba con profunda amargura. Comencé a sentirme incómodo:

—¿Qué quiere beber?—pregunté, apurando culpablemente mi cerveza. Y para que no hubiera ningún malentendido, añadí—: Yo tomaré un whisky con soda.

Bobby dijo que él tomaría otro.

El local estaba casi vacío. Miré a los escasos clientes, tratando de verlos a través de los desencantados ojos de Bobby. Tres jóvenes atractivas y bien vestidas estaban sentadas junto a la barra: la más cercana a mí era especialmente elegante y tenía un aspecto muy cosmopolita. Pero durante una pausa en la conversación, capté fragmentos de su charla con el otro barman. Hablaba un cerrado dialecto berlinés. Un joven se le acercó y se sumó a la charla; un muchacho guapo, de espaldas anchas, que vestía un esmoquin de buen corte y podría haber pasado por monitor de un colegio privado inglés de vacaciones.

—*Nee, nee*—le oí decir—. *Bei mir nicht!* [No, no. ¡Conmigo eso no vale!].

Sonrió burlonamente e hizo un gesto brusco y seco, de persona vulgar.

En la esquina estaba sentado un botones, vestido con chaqueta blanca, hablando con la viejecita de los servicios. El chico dijo algo, se rio y de repente soltó un enorme bostezo. Los tres músicos del estrado estaban charlando, claramente reacios a comenzar a tocar hasta que tuviesen un público digno. En una de las mesas creí ver a un auténtico cliente: un hombre corpulento con bigote. Sin embargo, después un momento, crucé con él la mirada, me saludó con una ligera inclinación de la cabeza y comprendí que debía de ser el encargado.

Se abrió la puerta. Entraron dos hombres y dos mujeres. Ellas eran mayores, de gruesas piernas, pelo muy corto y costosos vestidos de noche. Ellos estaban aletargados, pálidos, probablemente eran holandeses. No había duda, había llegado el Dinero. La Troika se transformó en un instante. El encargado, el chico de los cigarrillos y la señora de los lavabos se levantaron simultáneamente. La viejecita de los servicios desapareció. El encargado dijo algo en voz baja y furiosa al chico de los cigarrillos, que también desapareció. Luego, sonriente, se dirigió, haciendo reverencias hacia la mesa de los nuevos clientes y estrechó la mano de los hombres. El chico de los cigarrillos volvió a aparecer con una bandeja, seguido de un camarero que se apresuró a

entregarles la carta de vinos. Entretanto, los tres hombres de la orquesta comenzaron a tocar enérgicamente. Las chicas de la barra giraron sus taburetes, con una sonrisa de invitación no demasiado directa. Los gigolós se dirigieron hacia ellos como si no los conocieran, se inclinaron ceremoniosamente y solicitaron, con tono educado, que les concedieran un baile. Pulcro, sonriendo discretamente y cimbreándose como una flor, el botones atravesó la sala con la bandeja de cigarrillos: «*Zigarren! Zigarreten!*». Su voz era burlona y de timbre claro, como la de un actor. Y con el mismo tono, aunque más agudo, burlón y alegre, para que todos pudiéramos oírlo, el camarero pidió a Bobby: «*Heidsieck Monopol!*».

Con absurda y solícita seriedad, los bailarines realizaban sus intrincadas evoluciones, y cada movimiento evidenciaba que eran conscientes del papel que estaban desempeñando. El saxofonista, dejando que el instrumento colgara libremente de la cinta que llevaba atada al cuello, avanzó hasta el borde del estrado con su pequeño megáfono:

Sie werden lachen,

Ich lieb'

Meine eigene Frau...

[Se reirán ustedes | pero yo | amo a mi mujer...]

Cantaba con una cómplice mirada lasciva, involucrándonos a todos en la conspiración, prestando a su voz un tono insinuante, girando los ojos en una epiléptica pantomima de profundo deleite. Refinado e impecable, rejuvenecido cinco años, Bobby se ocupaba de la botella. Y mientras tanto los dos flácidos caballeros hablaban entre sí, probablemente de negocios, sin dedicar una sola mirada a la vida nocturna que ellos mismos habían desatado; sus mujeres, por su parte, sentadas en silencio, parecían olvidadas, perplejas, incómodas y muy aburridas.

Fräulein Hippi Berstein, mi primera alumna, vive en Grünewald, en una mansión casi enteramente de cristal. La mayoría de las familias ricas berlinesas reside en Grünewald. Es difícil comprender por qué. Sus mansiones, que abarcan todos los estilos conocidos de costosa fealdad, desde un disparate de excéntrico rococó hasta una caja cubista de techo plano de acero y cristal, se apiñan en ese bosque de pinos inhóspito e insalubre. Son pocos los que pueden

permitirse grandes jardines, ya que el terreno es fabulosamente caro: sus únicas vistas son el patio trasero del vecino, protegido a su vez por una valla de alambre y un fiero perro. El terror a los robos y a la revolución ha reducido a estas miserables personas a la condición de asediados. No disfrutaban de intimidad ni de la luz del sol. La zona es realmente un suburbio para millonarios.

Cuando llamé al timbre de la puerta del jardín, salió de la casa un joven lacayo con una llave, seguido de un gran pastor alemán que gruñía.

—No le morderá mientras yo esté aquí—me tranquilizó el criado, con una sonrisa burlona.

El vestíbulo de la casa de los Berstein tiene puertas tachonadas de metal y un reloj en forma de barco de vapor sujeto a la pared con tornillos. Hay lámparas modernistas, diseñadas para que parezcan manómetros, termómetros y discos de una central telefónica. Pero el mobiliario no casa con la vivienda y sus accesorios. Parece una central eléctrica que los ingenieros hubieran tratado de hacer más cómoda mediante sillas y mesas de una casa de huéspedes anticuada y muy respetable. De las austeras paredes metálicas cuelgan paisajes del siglo XIX excesivamente barnizados en macizos marcos dorados. Herr Berstein encargó probablemente la villa a un popular arquitecto vanguardista en un arrebato de imprudencia; quedó horrorizado al ver el resultado y trató de disimularlo todo lo posible con las pertenencias familiares.

Fräulein Hippi es una joven bonita y gorda, de unos diecinueve años, con el cabello castaño brillante, la dentadura impecable y unos grandes ojos vacunos. Tiene una risa perezosa, alegre, excesiva y el busto bien formado. Habla un inglés de colegiala con un ligero acento estadounidense que, para su completa satisfacción, resulta muy agradable. Es evidente que no tiene intención alguna de esforzarse. Cuando traté tímidamente de sugerir un plan para nuestras clases, no dejó de interrumpirme ofreciéndome bombones, café y cigarrillos.

—Disculpe un momento, no hay fruta—dijo, sonriendo y cogiendo el auricular del interfono—. Por favor, Anna, traiga unas naranjas.

Cuando llegó la doncella con las naranjas, me vi obligado, a pesar de mis protestas, a hacer una comida en toda regla, con plato, cuchillo y tenedor. Ello acabó con mis últimas pretensiones de mantener una relación profesor-alumna. Me sentí como un policía a quien una atractiva cocinera le da de comer en la cocina. Fräulein Hippi, sentada, me observaba con su sonrisa amable y perezosa mientras yo comía:

—Dígame, por favor, ¿por qué vino a Alemania?

Conmigo es entrometida, pero su curiosidad es como la de una vaca que asoma ociosamente la cabeza entre las barras de una cerca. No desea especialmente que se abra la cerca. Le dije que Alemania me parecía un país muy interesante.

—La situación política y económica—improvisé autoritariamente, con mi voz profesoral—es más interesante aquí que en cualquier otro país europeo. Excepto en Rusia, por supuesto—añadí, para probar.

Pero Fräulein Hippi no reaccionó. Se limitó a esgrimir una sonrisa insulsa:

—Debe de resultar muy aburrido para usted, ¿verdad? No tiene muchos amigos en Berlín, ¿no es cierto?—esto pareció complacerla y divertirla—. ¿Conoce a chicas guapas?

En ese momento sonó el timbre del interfono. Sonriendo perezosamente, descolgó el auricular, pero al parecer no escuchaba la vocecilla que salía del aparato. Pude oír con bastante claridad la voz real de Frau Bernstein, la madre de Hippi, en la habitación de al lado.

—¿Te has dejado aquí tu libro *rojo*?—repitió Fräulein Hippi, burlándose y sonriéndome como si fuese una broma que yo debía compartir—. No, no lo veo. Debe de estar en el estudio. Llama a papá. Sí, está trabajando allí.

Con un gesto me ofreció otra naranja. La rechacé cortésmente. Ambos sonreímos.

—Mamá, ¿qué tenemos hoy para comer? ¿Sí? ¿De veras? ¡Estupendo!

Colgó el auricular y reanudó el interrogatorio:

—¿No conoce ningunas chicas guapas?

—*Algunas* chicas guapas...—corregí evasivamente. Pero Fräulein Hippi se limitó a sonreír, esperando la respuesta a su pregunta—Sí. Una—tuve que admitir por fin, pensando en Fräulein Kost.

—¿Sólo una?—enarcó las cejas con expresión divertida—.Y dígame, por favor, ¿cree usted que las chicas alemanas son distintas que las inglesas?

Me sonrojé. «¿Cree usted que las chicas alemanas...?». Empecé a corregirla pero me detuve, al darme cuenta justo a tiempo de que no estaba absolutamente seguro de si se dice «distintas de» o «distintas que».

—¿Cree usted que las chicas alemanas son distintas que las inglesas?—repitió, con risueña insistencia.

Me sonrojé aún más.

—Sí, muy diferentes—dije audazmente.